



www.loqueleo.santillana.com

© 2016, MARÍA INÉS FALCONI

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

ISBN: 978-950-46-4769-0

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: febrero de 2016

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: CLARA OEYEN

Ilustraciones: MARÍA JESÚS ÁLVAREZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Falconi, María Inés

Tucumán era una fiesta / María Inés Falconi ; ilustrado por María Jesús Álvarez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

312 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4769-0

1. Narrativa Histórica Argentina. 2. Literatura Infantil. I. Álvarez, María Jesús, ilus. II. Título. CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Esta primera edición de 10.000 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2016 en Arcángel Maggio – división libros, Lafayette 1695, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.

**Tucumán
era una fiesta
El tanque de agua 3**

María Inés Falconi

Ilustraciones de María Jesús Álvarez

loquelego

PRÓLOGO

Casi un año pasó desde que Lucas y su hermana Rocío hicieron su último viaje. Bueno, “viaje” es una forma de decir. Nadie sabe cómo se llama “eso” que parece un viaje, pero no es un viaje típico, de esos que uno se sube a un auto o a un tren con las valijas listas y se baja unas horas después en otro lugar. Eso de “unas horas después” es fundamental. En estos “viajes”, no se llega unas horas después sino muchísimos años antes, y no se viaja sobre cuatro ruedas, ni en barco ni en avión sino dando vueltas en el fondo del agua. La estación de partida está en el tanque de agua del techo de la casa de la abuela; la estación de llegada, nunca se sabe. No hay forma de programarlo. Solo hay que tirarse adentro y dejarse ir porque, aunque intentaran resistirse, tampoco podrían detenerlo.

Lucas y Rocío ya viajaron dos veces. La primera fue hace justo un año, en febrero. Ese día Rocío había descubierto el escondite que Lucas tenía en el techo de la casa de su abuela y, por accidente, se habían caído adentro del tanque de agua. Bueno, ella se había caído y Lucas se había tirado a rescatarla, el resultado fue el mismo. El agua los arrastró en un remolino y, de pronto (no tan de pronto, porque el viaje fue más largo de lo que les hubiera gustado), habían aparecido flotando en un aljibe que resultó estar en la casa de Nicolás Rodríguez Peña, don Nicolás para ellos, desde ese día... ¡de 1810!

Tres meses tardaron en poder volver, y lo lograron cuando ya creían que nunca más iban a pisar esta tierra o, mejor dicho, esta época. Fue gracias a los hechizos de una india poco simpática, poco agradable y poco todo, salvo porque los ayudó a regresar derechito a la terraza de la abuela en el mismo día y hora en que habían partido. Ese fue un viaje emocionante que nunca pudieron ni quisieron contar a nadie por miedo a que los creyeran un poco... locos. Fue difícil tragarse el secreto de que habían estado en el Cabildo en la mismísima semana de Mayo. Y no solo eso, sino que, junto a los

patriotas (bueno, para ellos ya no eran patriotas sino amigos de don Nicolás), habían participado de las idas y vueltas de la Revolución de 1810. Cada tanto Lucas y Rocío recordaban esos días, y lo hacían con nostalgia, porque también allá, en esa otra época, habían dejado nuevos amigos, como el negro Nazareno, al que pensaron que nunca más iban a volver a ver.

7

Se equivocaron. Fue justamente Nazareno el que provocó su segundo viaje. Un buen día, se les apareció flotando en el tanque. Los extrañaba tanto que se había tirado al aljibe para ver si los encontraba. Y los encontró: sentaditos en el techo de la abuela. Fue claro para todos que Nazareno no se podía quedar a vivir en el siglo XXI por muy entusiasmado que estuviera con la idea, así que, por mandarlo de regreso, terminaron los tres en el tanque una vez más. Pero hubo algún error porque no volvieron al aljibe de don Nicolás: aparecieron en una fuente en París. ¿Cómo? ¿Por qué? Nadie lo sabía.

Ese también resultó ser un viaje fantástico. Conocieron nada más y nada menos que al general San Martín y a su familia y terminaron en la batalla de San Lorenzo. Cada vez que lo pensaban, les parecía

que había sido un sueño. Se habían hecho amigos de las nietas de San Martín. ¡Increíble! Otro recuerdo que no podían compartir salvo entre ellos.

8 Diez meses pasaron desde ese último viaje y algunas cosas cambiaron. Por empezar, Lucas y Rocío son ahora un año más grandes, claro. Terminaron la escuela, pasaron de grado y a Lucas le regalaron una *tablet* por haber terminado la primaria (la novedad del verano). Los martes siguen aburriéndose en la casa de la abuela y, mientras ella duerme la siesta, se suben al techo. Salvo que, lo que antes era el escondite de Lucas, ahora se transformó en el escondite de los dos. Rocío, poco a poco, se fue apropiando del lugar y Lucas está seguro de que, en poco tiempo, será solo el escondite de su hermana y le va a tener que pedir permiso para poder estar ahí.

Por el momento, se sigue resistiendo a intentar un tercer viaje, como quiere Rocío, pero todos sabemos que ella va a salirse con la suya, como siempre.

CAPÍTULO 1
ALGÚN DÍA, DE ALGÚN AÑO,
EN ALGÚN LUGAR

Caer de cola en un pantano no es algo agradable. Un pantano, para los que nunca cayeron en uno, es algo parecido a una laguna, pero con poca agua y mucho barro. Uno se queda como pegado en el fondo, trata de pararse y los pies se le hundén, mientras un horrible olor a podrido se mete por la nariz y ni qué decir si una gota de agua te llega a la boca.

Ahí estaba Lucas, de cola en un pantano, vaya a saber dónde. Desconcertado, miraba alrededor, aunque los juncos que lo rodeaban no le permitían ver mucho más allá.

—¡Rocío! —gritó.

Su hermana podía estar clavada en el barro no lejos de ahí.

Nada. Lucas se empezó a preocupar. ¿Qué pasaba si Rocío había caído en otro lugar? ¿Cómo la iba a encontrar si ni siquiera sabía dónde estaba él?

Desde que esa misma tarde Rocío lo había empezado a molestar porque quería hacer un nuevo “viaje”, él sabía, estaba seguro, que esta vez no iba a salir bien. Saliendo de la vieja y medio desinflada piletita de plástico que había llevado a la terraza para refrescarse cuando hacía calor, le dijo:

10 —Solo quiero que me escuches un toque —le tapó con las manos la pantalla de la *tablet* para que Lucas no pudiera seguir leyendo—. Te prometo que después no te molesto más.

—Está bien. Te escucho y después vas, te ahogás en la piletita y no me molestás más —dijo Lucas resoplando.

—Promesa —dijo Rocío.

—¿Qué pasa?

—Pasa que extraño muchííííísimo a Nazareno —Rocío revoleó los ojos y trató de poner la mirada más triste que pudo. Llorar habría sido una pegada, pero no le cayó ni una lágrima.

Lucas resopló más fuerte y amagó a ponerse los auriculares.

—No, pará, pará. Me prometiste escucharme.

—Y vos me prometiste ahogarte.

—Después. Escuchame. Podríamos ir un ratito

y volver. No necesitamos quedarnos tres meses. Tenemos que hacerlo hoy, que hay luna llena. Lo tengo todo pensado.

La luna llena era fundamental para que el agua los arrastrara. Ese “camino de agua” no funcionaba en cualquier momento.

—Rocío... vos sabés que no tenemos ninguna seguridad de que si nos tiramos al tanque vayamos a dar a la casa de don Nicolás o a donde quiera que esté Nazareno ahora. Ni siquiera sabemos si eso siempre nos lleva al pasado o si alguna vez podríamos ir a parar al futuro. Además, tampoco sabemos cómo volver.

11

—Eso es mentira. Ya descubrimos que en cada época hay un... no sé, un alguien que nos puede indicar el camino.

—Sí, facilísimo de encontrar. Olvidate.

Lucas se paró y se fue para no escucharla más. Pero nada era así de fácil con Rocío. En cuanto empezó a bajar la escalera, escuchó que algo había caído al agua y se asustó. ¿Rocío se habría tirado al tanque?

Ahora, sentado en medio del pantano, no podía creer lo tonto que había sido. Al escuchar el ruido,

había vuelto a subir corriendo y se había trepado para mirar adentro del tanque.

—¡Ro!... ¿Ro? ¿Estás bien? Contestame...

Lucas veía que el agua se movía. Algo había caído, y ese algo debía ser su hermana. Hizo fuerza con los brazos y quedó con medio cuerpo colgando hacia adentro del tanque.

12 —¡Te lo creíste! —gritó Rocío desde atrás.

Fue suficiente. Lucas perdió el equilibrio y con una pirueta digna de aplausos cayó al agua haciendo, esta vez sí, mucho ruido.

El remolino empezó a formarse inmediatamente.

—¡Tírame la soga! —pidió a los gritos.

Rocío, obediente, se la arrojó. En dos o tres manotazos Lucas pudo agarrar la punta. Ya sabía cómo hacer: se la ató a la cintura y fue trepando agarrado a la soga y apoyando los pies en las paredes del tanque como los que escalan montañas. Pero Lucas estaba en ojotas, y las ojotas se resbalaban por la pared mojada. Logró subir unos metros y volvió a caer.

—Tomá, con esto vas a poder flotar —le gritó Rocío y le tiró la piletita de plástico.

La pileta le cayó en la cabeza. Lucas la odió.

—Aguantá que te ayudo.

No tuvo tiempo de decirle que mejor lo dejara solo. Rocío pegó un tirón a la sogá justo cuando él volvía a caer al agua. Resultado desastroso. La fuerza de la caída pudo más y Rocío fue a parar al fondo con sogá y todo. Lo de la ley de gravedad es una gran verdad aunque uno esté en un tanque casi mágico.

Entonces sucedió. El remolino giró a velocidad y las aguas empujaron a Lucas hacia abajo. No vio si Rocío lo acompañaba. Solo sentía que peligrosamente se iba enroscando en la sogá y el agua lo iba tragando.

Ahora la sogá seguía atada a su cintura y estaba solo, en medio de un pantano, en ninguna parte.

Se dio cuenta de que ahí sentado no iba a encontrar a su hermana. Se paró, pero fue imposible mover los pies, que tenía enterrados en el barro hasta la pantorrilla. Miró alrededor: el pantano se extendía hacia los cuatro costados. ¿Cómo iba a salir de ahí?

—¡Rocío! —volvió a gritar.

Entonces escuchó la vocécita de su hermana a lo lejos.

—¡Ya llego, Luqui! ¡No te muevas de ahí!

“¿No te muevas de ahí?” Aunque hubiera querido, no se habría podido mover. ¿Quién se creía que era? ¿La súper niña salvadora?

—¿Dónde estás? —gritó.

—Estoy yendo. Ya llego. No te asustes.

“¡¡¡¿No te asustes?!!!”

14

Lucas tiró para desenterrar una pierna y lo logró, pero una vez que la sacó, no supo qué hacer. Quedó como cigüeña, parado en una pata. Si volvía a apoyarla, se le volvía a hundir.

—¡Estoy enterrado en el barro! —gritó, haciendo equilibrio.

—No te preocupes, yo te ayudo.

La voz de Rocío estaba cada vez más cerca.

—¿Podés caminar? —preguntó Lucas. Capaz que su hermana estaba en algún lugar seco.

—No exactamente.

“¡No exactamente!” Ahora su hermana iba a inventar que podía caminar sobre el agua, seguro. Debía estar parada en la orilla y así no lo iba a encontrar nunca.

Pero se equivocó. Ahí venía Rocío a rescatarlo... ¡flotando sobre la piletita!

—¡Pirata Rocío al rescate! —bromeó Rocío.

—No le veo la gracia, nena. Mirá dónde estamos por tu culpa.

—¿Perdóóóón? Que yo sepa, el que se cayó al tanque fuiste vos. Yo te fui a buscar y encima ahora vengo a rescatarte. ¿Por qué no te movés?

No, no, no. Eso era una pesadilla.

—No me muevo porque abajo hay barro y me hundo, sabihonda. Acercate, así yo también me puedo subir a eso.

—Más respeto. “Eso” es mi balsa y yo soy la genia que la traje.

Lucas decidió no contestar. Ya tendría tiempo después para decirle todo lo que pensaba.

Cuando Rocío llegó junto a él, Lucas se tiró sobre la pileta y le pidió a Rocío que empujara con la rama para ayudarlo a traer también sus pies. No fue fácil, pero lo lograron. Y así quedaron, Rocío de gondolera y Lucas como pingüino empetrolado acostado de panza sobre la pileta desinflada que ahora casi no podía moverse.

Cuando finalmente logró acomodarse, Lucas agarró la rama. Él tenía más fuerza para empujar, pero... ¿hacia dónde?

—La orilla está allá —señaló Rocío—. Si te fijás bien, se ven unos árboles. Debe haber tierra.

—Tengo que reconocer que tenés razón.

—Como siempre —dijo Rocío con una sonrisita.

Con esfuerzo, Lucas se fue acercando a la orilla. Todavía no sabían dónde estaban, pero la posibilidad de pisar tierra firme ya era una alegría... que duró poco.